

documentos por ambas partes en la llanura de Worms, anunciándose su contenido al pueblo, que mostró indescriptible alegría por el feliz resultado de las negociaciones. El Obispo Cardenal de Ostia celebró la misa solemne, y, después de admitir al Emperador en el seno de la Iglesia y de darle el beso de paz, le administró la Sagrada Eucaristía. Los Príncipes que no asistieron á la Asamblea de Worms celebraron, el 11 de Noviembre, una Dieta en Bamberg, para dar su aprobación al concordato.

El noveno Concilio ecuménico.

53. La noticia de esta conclusion de tan prolongada lucha fué recibida con júbilo en toda la cristiandad. El nuevo concordato ponía término á la caprichosa colacion de puestos eclesiásticos por las autoridades seculares; restablecía la libertad en las elecciones, regularizaba el doble carácter que revestía la posición de los Obispos en el Imperio, haciendo la debida separacion de sus deberes como eclesiásticos y como ciudadanos. sentaba sobre sólida base el principio de que la potestad eclesiástica sólo puede provenir de la Iglesia, eliminaba, con un prudente silencio, las pretensiones de anteriores Emperadores á tomar parte en la elección de Pontífice romano, y en cambio, aseguraba al Emperador una influencia importante en la elección de los preladados del reino, garantizándole el cumplimiento de sus deberes de vasallos. No obstante, algunos intransigentes, como el arzobispo Conrado de Salzburgo, defendían la abolicion absoluta del juramento de vasallaje, sin paramientos en que era preciso hacer alguna concesion en interés de la paz, y que no podían rehusar la prestación de tal juramento los Obispos y abades que conservasen regalías de la corona. Pero en general fué tan marcado el contento que produjo el restablecimiento de la paz entre los dos poderes, que en muchos documentos se señala el año 1122 como el principio de una nueva era. Para la solemne confirmacion del concordato de Worms, solicitada muy particularmente por el Arzobispo de Maguncia, el Pontífice, despues de congratular al Emperador, convocó en Diciembre de 1122 un gran Concilio general en Roma, que se abrió en Marzo de 1123 con asistencia de más de 300 Obispos, y figura como noveno Concilio ecuménico ó primero lateranense. Dada lectura de los expresados documentos fueron aprobados, expidiendo además varios cánones, particularmente contra la simonia y clerogamia; contra la usurpacion de atribuciones en el dominio eclesiástico por parte de los seculares; contra los matrimonios en grado prohibido; contra la infraccion de la paz de Dios y la falsificacion de moneda; contra los que de

algun modo impedían las peregrinaciones á Roma y los que no cumplían el voto de ir á combatir á los infieles, bien sea en la Palestina ó en España; se canonizó al obispo Conrado de Constanza, oriundo de la familia de los welfos († 976), se regularizaron las relaciones de los monjes con los Obispos, y se resolvieron otros muchos asuntos de carácter especial. Calixto II, que había experimentado una profunda satisfaccion al ver restablecida la paz, murió el 13 de Diciembre de 1124, siguiéndole á la tumba el emperador Enrique V, último de la raza salia, el 22 de Mayo de 1125, á los 44 años de edad.

OBRAS DE CONSELTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 49 Á 53.

Pertz, Ser. V. 478; VI. 254. VII. 792. Mansi, XXI. 175 sig. 185. Migne, t. 163. p. 26. 475 sig. 489; t. 173 p. 1507 sig. Watterich, II p. 91 sig. 105 sig. Gerhoch., De invest. Antfchr. I. 28 p. 64. Baron. Pag. a. 1118 n. 4 sig. Papencordt, p. 241-241. Reumont, II p. 402 sigs. Héfele, p. 305-308. Ord. Vital. XII c. 9 sig. p. 873 sig. Mansi, XXI. 187. 190 sig. 222. 225 sig. 244. 273. 237 sig. 291 sig. 301 sig. Migne, t. 163 p. 1082. 1095 sig. 1232 sig. Watterich, II p. 115 sig. 121 sig. 140. Pertz, Ser. VI. 254 sig. 755; VIII. 196. Leg. t. II p. 182. Ser. XII. 422 sig. Jaffé, 540. Hesso scholast. (de Strassburgo) Comment. de transactione pacis inter Cal. II. et Henr. V. ap. Tengnagel. Vett. mon. jam olim pro Greg. VII. conscripta. Ingolst. 1612. 4. p. 329 sig. Vita Burdini ap. Baluz., Miscell. Par. 1680. III. 471 sig.; I. p. 137 sig. ed. Mansi. Martene, Coll. ampl. I. 661. Baron., a. 1121 sig. Eceard, Corp. his. II p. 278. 307. 343. Conradi vita ap. Pez, Thes. anecd. II. III p. 27. Hontheim, Hist. Trevir. I. 503 sig. Papencordt, p. 244 sigs. Reumont, II p. 404 sigs. Dollinger, II p. 164 sigs. Raumer, Gesch. d. Hohenst. I. p. 319. Héfele, V p. 308-344. Phillips, K.-R. III. § 126 p. 170 sigs. El Concordatum Wormatiense s. Pactum Calixtini. se encuentra igualmente en Minch., Vollständ. Sammlung aller Concordate. Leipzig 1830, I p. 18 f. Walter, Fontes juris eccl. ant. et mod. Bonn. 1862, p. 75 sig. Nassi, Conventiones de reb. eccl. Mogunt. 1870, p. 1. 2. Compár. además Hist.-pol. Bl. 1858 t. 42 p. 618 sig.

II. Lucha de los Papas con los republicanos y la nobleza.

Honorio II.

54. Durante la pasada contienda entre el pontificado y el Imperio habían acrecentado su poderío algunas familias romanas, particularmente la de los Frangipani y Pier Leone, cuya rivalidad había estallado ya de una manera ostensible. Los Cardenales eligieron al cardenal presbítero Tebaldo con el nombre de Celestino II; pero Roberto Frangipani proclamó Papa al obispo-cardenal Lamberto; entónces, para evitar un cisma, renunció Tebaldo la dignidad pontificia, y Lamberto fué elegido por unanimidad el 28 de Diciembre de 1124, con el nombre de Honorio II. Disimuló por entónces la familia de los Leoni, pero empezó

á tomar disposiciones, á fin de que la eleccion del Papa inmediato recayese en persona de su confianza. En Alemania habia concebido esperanzas de subir al trono el duque Federico de Suabia, sobrino de Enrique V; pero el arzobispo Adalberto de Maguncia y el legado pontificio decidieron la eleccion en favor de Lotario, duque de Sajonia. Acto continuo partieron para Roma los Obispos de Cambrai y de Verdun, en union con el legado Gerardo, á fin de pedir al Pontífice que confirmase la eleccion, á lo que accedió el Papa, que veía en el duque un candidato aceptable á la corona imperial. Inmediatamente despues de su eleccion, habia hecho Lotario importantes promesas en favor de la libertad de la Iglesia, ofreciendo, no tan sólo observar el concordato de Worms, si que tambien renunciar al privilegio de presidir las elecciones, no exigir á los prelados más que el juramento de fidelidad y celebrar la investidura del cetro despues del acto de la consagracion. Lotario obró desde luégo en perfecta armonia con la Iglesia.

En la fiesta de Navidad de 1127 lanzaron los prelados alemanes la excomunion contra el hohenstaufe Conrado que le disputó la corona, sentencia que confirmó Honorio II el 22 de Abril de 1128. Las pretensiones de Conrado encontraron apoyo en Anselmo, Arzobispo de Milan, que le coronó Rey de Lombardia en Monza, por cuya razon fué destituido y excomulgado en un Sínodo de Pavia por el Cardenal de Crema, legado pontificio. Muerto el duque Guillermo de Apulia el 26 de Julio de 1127 sin dejar sucesion, se apoderó de su herencia su primo el conde Roger II de Sicilia, con daño de los mejores derechos de Boemundo II que á la sazón se hallaba en Palestina, y con menosprecio de la autoridad del Papa, á quien debia acatamiento como señor feudatario; con tal motivo le aplicó Honorio la censura, desde Troja, en Noviembre de 1127, y trató de reconquistar los expresados dominios por la fuerza de las armas; pero Roger tuvo habilidad para prolongar la contienda, hasta que muerto ya Boemundo, el Pontífice, que se habia visto abandonado por muchos magnates, ajustó con él un tratado de paz en Julio de 1128, por mediacion del canceller Aimerico y de Cenio Frangipani, por el que se obligó á prestar el juramento de vasallaje al Pontífice como señor feudal y á defender la ciudad de Benevento que se hallaba amenazada. Al mismo tiempo recibió la investidura de manos de Honorio. Éste reconquistó luégo la villa de Segni y despachó embajadas á diferentes Estados.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 54.

Watterich, II p. 157 sig. 421. Anon. narratio de elect. Lotharii (Eckhard, Quaternio vet. monum. p. 46. Pistorius-Struve, I 671). Dodechini Append. ad

Mariani Scoti Chron. a. 1125. De la confirmacion de la eleccion de Lotario por su predecesor hace explicita mencion Inocencio II en su carta á los Obispos alemanes, fecha 20 de Junio de 1130 (Jaffé, Reg. p. 571 n. 5321. Mi ob. Kath. Kirche p. 158). Annal. Disibodenb. ap. Boehmer, Fontes rer. germ. III. 206. Annal. Saxo Pertz, Ser. VI. 762. Gervais (§ 39 p. 230 n. 2) Bd. II. Leipz. 1842. Jaffé. Gesch. des deutsch. Reiches unter Lothar. Berl. 1843. Janssen, Wibald von Stablo u. Corvei Münst. 1854. Acerca de los acontecimientos de la Baja Italia vid. Falco Benevent. Chron. Murat., V. 165. Papencordt, p. 248. Mansi, XXI. 358. Watterich, II. 159. 163 sig.

El cisma de Pier Leone. — San Bernardo y varios Sínodos se declaran por Inocencio II.

55. A la muerte de Honorio, en Febrero de 1130, se produjo entre los Cardenales una escision que dió lastimosos resultados. Los más distinguidos individuos del augusto colegio, á cuya fraccion pertenecía la familia de los Frangipani, eligieron al Cardenal diácono del Santo Angel, Gregorio Papareschi, con el nombre de Inocencio II, en tanto que otra fraccion, dominada por ideas mundanas, dió sus votos á Pedro, hijo de Pier Leone (+ 1128), proclamado con el de Anacleto II. Era éste oriundo de una rica familia judía; habia hecho sus estudios en Paris, á la conclusion de los cuales vivió algun tiempo en el monasterio de Cluny, desde donde fué llamado á Roma por Pascual II, siendo elevado á la dignidad de Cardenal presbítero por Calixto II, más en atencion á los méritos y servicios de su padre que á los suyos propios, toda vez que, tanto en Francia como en Inglaterra, donde ejerció el cargo de legado pontificio, se habia hecho notar por su ambicion, por la suntuosidad de su vida y por su sórdida avaricia; muy al contrario el primero era un hombre digno, de severas costumbres y tan modesto, que sólo las reiteradas instancias del canceller Aimerico y de los Obispos-Cardenales lograron moverle á aceptar el pontificado. De esta doble eleccion resultó un cisma que duró ocho años. Pedro Leone ganó con regalos á muchos romanos, con cuyo auxilio se apoderó de la Iglesia de San Pedro, y puso sitio formal á Inocencio II, el cual, si bien tenia de su parte la mayoría del colegio de Cardenales, aún ántes que se le unieran algunos de la fraccion enemiga, se vió precisado á huir por Pisa y Génova á Francia.

El rey Luis VI y los prelados franceses pusieron en manos de San Bernardo, que era á la sazón el oráculo de aquella Iglesia, la resolucion del asunto que dividia á los pueblos cristianos; y aquél declaró Papa legitimo á Inocencio II, que era, en concepto de todos, más digno, habia sido elegido ántes que su rival, recibió la consagracion pontifical de manos del Cardenal-Obispo de Ostia, que era el destinado para la

celebracion de ese acto; en tanto que Anacleto, habiendo puësto en juego sus poderosos recursos para subir al pontificado, debia su exaltacion á medios evidentemente simoniacos, opuestos á la legislacion eclesiástica vigente. Despues de la indicada declaracion, un Sínodo de Etampes proclamó á Inocencio II jefe legitimo de la Iglesia, acto que repitieron San Hugo, Obispo de Grenoble, y otros prelados en diferentes Sínodos. Inocencio, que habia permanecido algun tiempo en Cluny, recibió en un Sínodo de Clermont, en Noviembre de 1130, el homenaje de gran número de prelados y una embajada del Rey de Alemania. Poco despues se declararon igualmente en su favor España, Inglaterra y las diócesis más importantes de Italia, á excepcion de la de Milan. En Alemania trabajó en favor del reconocimiento del legitimo pontífice San Norberto, Arzobispo de Magdeburgo, con igual celo que lo hicieron San Bernardo y el abad Pedro de Cluny en Francia, en oposicion á Adalberto, Arzobispo de Bremen, legado del antipapa.

En Enero de 1131 celebró Inocencio una conferencia con el Monarca francés en Orleans; poco despues se avistó en Chartres con el Rey de Inglaterra, y el 22 de Marzo hizo su entrada en Lieja, donde el rey Lotario le preparó un honroso recibimiento. Coronado allí por el Pontífice, en union con su esposa Richenza, movido por las súplicas de San Bernardo, ofreció el Rey enviar un ejército para poner á Inocencio en posesion de su capital.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRITICAS SOBRE EL NÚMERO 55.

Sobre la eleccion de Inocencio II tenemos los siguientes datos: 1.º De Boso Card. in Vita Innoc. II (Watterich, II, 174 sig.). 2.º La carta del obispo Huberto de Lucca al arzobispo Norberto de Magdeburgo, que es el que suministra datos más completos acerca del suceso en cuestion (ib. p. 179 sig. segun Ecard, Corp. hist. méd. nevi II, 355-357). 3.º La carta de los Cardenales del mismo Inocencio II al rey Lotario (ib. p. 182 sig. segun Udalr., Cod. n. 352). 4.º La carta de los electores de Anacleto al mismo (ib. p. 185 sig. segun Baron., h. a. n. 16 sig.). 5.º La que dirigió el clero romano del partido de Anacleto al Arzobispo de Compostela (p. 187 sig. segun la Hist. Compostell. III, 23). 6.º Diferentes cartas de Inocencio II y de Anacleto (p. 192 sig.). 7.º La Chronic. Maurin. (Bonquet, Recueil XII, 79. W. p. 183 sig.). 8.º Annal. Margan. ed. Gale, Rer. angl. Ser. II, 6. 9.º Falco Benevent. 10.º Ernald, Vita S. Bern. II). S. Bern. ep. 126 (W. p. 190 sig. 196 sig.). 12.º Arnulf. archidiacon. in Girard. Engolism. Invectiva de schismate Petri Leon. Pertz, Scr. XII 707. W. p. 258 sig.—Ord. Vit. XIII, 3 p. 932 sig. Cp. Mühlbacher, Die streitige Papstwahl d. J. 1130. Innsbr. 1876. Hefele, p. 362 sig. Renmont, II, p. 408 (y en la misma, p. 400 se habla del origen judío de Pier Leone). Del judío converso Benedicto Cristiano descendian Leon y su hijo Pier Leone, padre del antipapa; dicho Pier Leone habia dispensado eficaz proteccion á Urbano II en momentos difíciles (Pandolf. Vita Gelas. II, Watterich, II, 93). Bern. ep. 138:

Judaicam sobolem sedem Petri in Christi occupasse injuriam (constat). Sobre los Sínodos de Inocencio II y los que le fueron favorables Mansi, XXI, 435. 437 sig. 453 sig. 473. 479. Innoc. II. epp. M. t. 179 p. 52 sig.

El emperador Lotario II.

56. En Roma se habia fortificado de tal manera el antipapa, que obligó á reconocerle á los mismos Frangipani, y pudo dedicarse tranquilamente al saqueo de las alhajas y preciosidades de las iglesias. Atrajo también á su partido á los normandos, y ganó muy particularmente el favor del duque Roger, concediéndole la dignidad real con la mano de su hermana, si bien con la obligacion de pagar tributo y homenaje á la Santa Sede. El duque de Aquitania se adhirió tambien al partido de Anacleto, instigado por el obispo Gerardo de Angulema, á quien Inocencio II rehusó confirmar en la dignidad de legado. Por lo demas, únicamente eclesiásticos de ideas y aficiones mundanas ó magnates que tenían en ello algun interés personal seguian la bandera del antipapa, llamado por San Bernardo el « hombre del pecado » y « la bestia del Apocalipsis, » pero que no llegó á ejercer autoridad sino sobre una pequeña parte del mundo cristiano. En un gran Sínodo reunido en Reims en Octubre de 1131 recibió Inocencio la obediencia de Alemania, Francia, Inglaterra, Castilla y Aragon, al mismo tiempo que Lotario le confirmó solemnemente la promesa de enviar un ejército á Roma al año siguiente. Partió el Pontífice ántes que el Rey, acompañándole el abad Bernardo, y, despues de celebrar en la Pascua florida de 1132 un Sínodo cerca de Piacenza, se reunió en Noviembre con Lotario, al que sucesivamente se fueron agregando varios magnates italianos.

Al finar el mes de Abril de 1133 ocuparon las tropas de Lotario el palacio lateranense y el Aventino, quedando aún el castillo del Santo Angel en poder de Anacleto. El 4 de Junio recibieron Lotario y su esposa la corona imperial en dicho palacio de Letran. El Pontífice y el Emperador celebraron entónces un acuerdo sobre los bienes que la margravina Matilde habia legado á la Santa Sede, y que fueron secuestrados por Enrique V. A ruego del segundo otorgó Inocencio II la investidura de estos dominios, de una parte del ducado de Mantua, de Parma, de Módena, Reggio y Garfagnana al duque Enrique de Baviera, yerno del Emperador, reservándose la soberania sobre los mismos, un tributo anual y el derecho de retraer todos los expresados dominios á la Sede romana despues de la muerte del duque. Lotario prestó al Pontífice juramento de vasallaje feudal por dichos territorios á nombre de su yerno. Algun tiempo despues dió el Papa la investidura de Toscana al margrave

Engelberto. Los ensayos que por entonces hizo el Emperador, valiéndose del arzobispo Norberto y del abad Bernardo para llegar a un acuerdo con el antipapa, se estrellaron contra la tenacidad de Anacleto.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 56.

El diploma de Anacleto en favor de Roger lleva la fecha del 27 de Setiembre de 1130. Baron., h. a. n. 62 sig. Jaffé, n. 5962. Watterich, p. 193-195. Otros documentos del mismo en el Recueil des histor. des Gaules XV. 300. Boso Card. l. c. Suger in vita Lud. Order. Vital. XIII p. 895. Ernald, Vita S. Bern. Chron. Maurin. Watterich, II p. 175-177. 199-208. Sobre la coronación de Lotario como Emperador Baron a. 1133 n. 1-4. Jaffé, p. 571. Watterich, II p. 209 sig. Acerca de los herederos de Matilde Jaffé, p. 571. 576 n. 5461. 5543. Papencordt, p. 249 sig. Héféle, V. 366-375.

57. Sin fuerzas suficientes para sostener la lucha, que amenazaba tomar serias proporciones, dada la actitud provocativa de la Italia Meridional, se retiró Lotario á Alemania, donde su prestigio le atrajo muy luego la simpatía de todos, viéndose precisados los altivos Hohenstaufen á someterse á su autoridad. Deseando evitar una colisión armada con el antipapa, se retiró Inocencio á Pisa, acompañado de San Bernardo, y allí celebró, en 1135, un gran Sínodo, al que asistieron prelados de muchos y apartados países. Entretanto el abad Bernardo había ganado no pocos Obispos y grandes de Italia á la causa del legítimo Pontífice, siendo una de sus más brillantes conquistas la de los orgullosos y contumaces milaneses, cuyo arzobispo Anselmo había sido destituido. En todas partes exigía completa y total obediencia al romano Pontífice, y en Milan, sobre todo, ocupada ya la Silla arzobispal por el Obispo de Alba, obtuvo un resultado altamente satisfactorio. Así vemos que cuando Lotario, á instancias del Papa y del abad Bernardo, se resolvió á hacer la guerra á los normandos, que hostilizaban á la Santa Sede, Milan y Verona secundaron abiertamente sus propósitos, sin consideración á la resistencia que hicieron otras poblaciones. Las tropas imperiales obtuvieron desde luego grandes ventajas en Toscana y en la Baja Italia, en tanto que Roger tuvo que trasladarse á Sicilia.

En Mayo de 1137 se avistaron el Emperador y el Papa en Bari. Pero disgustos de diferente naturaleza, tumultos ocurridos en el ejército y desavenencias en la apreciación de cuestiones importantes, paralizaron en parte estos progresos. Lotario tomó á mal que el Papa no aprobase su proyecto de asegurar á su yerno Enrique la sucesión en el Imperio y sus propias pretensiones á la soberanía feudal de Apulia; sin embargo, otorgaron, de comun acuerdo, el título de duque al conde Rainulfo

Lotario retiró también su protección á Rainaldo, abad de Monte Cassino, adicto al antipapa, el cual fué destituido, nombrándose en su lugar al ilustrado Wibaldo, abad de Stablo, de naturaleza alemana, quien abdicó al poco tiempo. Inocencio pudo establecer su residencia en Roma, donde el partido del antipapa perdía cada día terreno. Gran parte de los dominios pontificios volvieron á su obediencia, y no pocos hombres ilustres, como Pedro, Cardenal-Obispo de Porto, reconocieron la autoridad de Inocencio, á quien la elocuencia y el prestigio de San Bernardo conquistaban cada día nuevos amigos. Felizmente para la paz de la Iglesia, el antipapa murió el solio pontificio al cardenal Gregorio, con el nombre de Víctor IV, éste reconoció poco despues la injusticia de su elección y se sometió al legítimo Pontífice, á quien juraron también fidelidad, en Mayo del año expresado, los hermanos de Pier Leone. El emperador Lotario habia bajado á la tumba el 3 de Diciembre de 1137.

Décimo Concilio ecuménico.—Tratado de paz con Roger de Sicilia.—Disturbios de Roma.

58. Para borrar hasta los últimos restos del cisma, condenar diferentes errores y reformar abusos, tanto del clero como del pueblo, convocó Inocencio II el segundo Concilio general de Letran, décimo de los ecuménicos, que se reunió en Roma en Abril de 1139, y al que concurrieron cerca de mil prelados de todas las naciones cristianas. Despues del discurso de apertura pronunciado por el Pontífice, se acordó expedir sentencia de suspension contra todos los que habian recibido cargos, órdenes y empleos de manos del antipapa y de sus principales partidarios, Gilo de Tusculum y Gerardo de Angulema, y aplicar la censura eclesiástica al rey Roger de Sicilia, como usurpador y promovedor del cisma. Publicáronse luego 30 cánones condenando la simonía, la incontinencia y el lujo en el vestido de los eclesiásticos; contra los que quebrantasen la paz de Dios y contra los juegos y torneos que envolviesen peligro para la vida de los combatientes. Condenáronse igualmente las injurias efectivas y malos tratamientos hechos á eclesiásticos, lo mismo seculares que regulares, de acuerdo con disposiciones análogas de Sínodos particulares (*privilegium canonis*); resolviéronse varias contiendas surgidas en los conventos, se canonizó al abad Sturm de Fulda y se impuso silencio al lector Arnoldo de Brescia, que trataba de excitar la codicia del pueblo contra los bienes de los eclesiásticos.

Despues de la feliz conclusion del cisma quedaban aún por resolver dos asuntos que preocupaban la atencion del Papa: la actitud de Roger

de Sicilia y el espíritu sedicioso de los romanos. El primero, no bien se alejó del país Lotario, volvió á arrebatar á la Santa Sede los territorios de que ántes se había incautado; por cuya razón, visto su tenaz empeño, salió contra él á campaña el mismo Pontífice, pero con tan desgraciado éxito, que fué vencido y cogido prisionero, como en otro tiempo Leon IX. No obstante, Roger aceptó una paz relativamente ventajosa para la Iglesia; por la que se le concedió la absolución del anatema, el reconocimiento del título de Rey de Sicilia, con tanto empeño solicitado, y el señorío feudal de Apulia y Capua, por el que, además de prestar juramento de fidelidad al Soberano Pontífice, ofreció pagar tributo anual á la Santa Sede. Los romanos recibieron al Papa con muestras de júbilo; pero al poco tiempo pidieron la anulación del tratado de paz, á lo que no accedió Inocencio, por más que no tardó Roger en dar motivo para ello. En 1140 se levantó contra la soberanía del romano Pontífice la pequeña ciudad de Tivoli, no sin haber ántes aumentado sus fortificaciones y tomado varios castillos inmediatos, con lo cual acrecentó sus fuerzas en términos que hizo sufrir á los romanos pérdidas considerables. Restablecida dos años después la autoridad pontificia en Tivoli, el pueblo romano, siempre envidioso de la prosperidad y engrandecimiento de las poblaciones pequeñas, quiso tomar cruel venganza de los tivoleses, arrasando los muros de la ciudad y trasladando á otro punto á sus moradores; y como el Papa no accediera á tales pretensiones, estalló en Roma un tumulto, al que sobrevivió muy poco Inocencio II, que murió el 22 de Setiembre de 1143, dejando grata memoria por la constancia con que defendió los intereses de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 57 Y 58.

Boso Card. Hist. Compost. III. 38. Petr. Caasin. IV. 97. Falco Benev. y otros en Watterich, II p. 177 sig. 213. 250. Bern. Ep. 317. 320. En su ep. 131 ad Mediol. (M. t. 182 p. 268) se leen estas palabras: Si quis itaque dixerit tibi: Partim oportet obedire, partim non oportet, cum tu in te experta sis plenitudinem apostolice potestatis, auctoritatis integritatem, nonne hujusmodi aut seductus est aut seducere vult? Neander, Der hl. Bernhard u. sein Zeitalter. Berlin 1813 II. 1848). Ratisbonne, His. de St. Bernard. éd. II. Par. 1843, version alemana de Reiching. Tub. 1843. Jaffé, Lothar p. 181 sigs. Janssen, Wibald p. 46 sigs. Papencordt, p. 251. Héfele, 375-384. Mansi, XXI. 525. 533 sig. 538. Falco Benev. Chron. Maurin. Watterich, II. p. 250-252. Otto Fris., De gest. Frid. II. 20. Ord. Vital. XIII. 20 p. 973 sig. Sobre la Incha con Roger y con los romanos Otto Fris., VII. 27. Otros datos en Watterich, II p. 252-257 Papencordt, p. 252-254. Reumont, II p. 430. 432. Restauraciones de iglesias las menciona Boso ap. Watterich, II p. 179. Petr. Mallius ib. p. 257 not. 3 ex Act. SS. Jun. t. VII p. 54. Héfele, p. 388 sigs.

Las repúblicas italianas. — Celestino II. — Lucio II.

59. En la Italia superior y central florecían algunas ciudades que habían adquirido extraordinaria importancia y gran poderío á la sombra de privilegios consignados en su antigua Constitución municipal, y de los desórdenes ocasionados como consecuencia del conflicto entre el Imperio y la Iglesia, y muy particularmente del cisma, efecto del cual había en muchas ciudades dos Obispos, representantes de los dos partidos opuestos, cuyas riquezas recibieron nuevo incremento con la renuncia de los derechos condales y regalias hecha por muchos prelados, y con el comercio, al que las cruzadas comunicaron impulso ántes desconocido; y los burgueses formaron entónces, al lado de la nobleza y del clero, un estado bien definido, que desde luego se hizo notar por su riqueza y sus ideas liberales, y una vez despertada la conciencia de su fuerza, dió rienda suelta á su orgullo en luchas y revoluciones sangrientas. Despertóse pujante el espíritu nacional italiano, informado en confusa mezcla de elementos buenos y malos; pusieron en vigor antiguas leyes y viejas formas, y los nuevos ciudadanos, siguiendo el ejemplo de los Emperadores, explotaron el Derecho romano, sacando de él lo que pudiera ofrecerles ventaja. El recuerdo de anteriores grandezas, la vaguedad de los derechos imperiales y reales, el extraordinario crecimiento de las fuentes de riqueza y el espíritu de independencia, en general, fueron otras tantas causas que dieron lugar al establecimiento de cónsules y de diferentes autoridades municipales que muy luego se apropiaron por completo la potestad judicial y administrativa, de donde resultó la creación de pequeñas repúblicas, con carácter unas veces aristocrático y democrático otras.

También los romanos se vieron arrastrados por las corrientes demagógicas, y, alccionados por osados candillos, cuando el Papa rehusó permitir la destrucción de Tivoli, le negaron la obediencia en el terreno civil, y reuniéndose en el Capitolio, eligieron una autoridad superior con el nombre de Senado. Este movimiento partió del estado burgués, que había adquirido cierta unidad en virtud de la antigua Constitución para la defensa del país, apoyándole también la pequeña nobleza, nacida de la burguesía, por cuya razón iba, no sólo dirigido contra la autoridad del romano Pontífice, si que también contra la alta aristocracia. Ni los esfuerzos de ésta y de los que permanecían fieles á la política del Papa, ni las súplicas y amenazas de Inocencio fueron parte á contener el vigoroso movimiento republicano.

Elegido Papa el digno Cardenal presbítero Guido de Castellis, gover-

nó la Iglesia, con el nombre de Celestino II, seis meses escasos; entabló negociaciones con el Rey de Sicilia, que no dieron resultado definitivo, pero no logró restablecer la tranquilidad en Roma. En Marzo de 1144 fué elevado al solio pontificio el Cardenal presbítero, canceller y bibliotecario Gerardo de Bolonia, que tomó el nombre de Lucio II. Siguió desde luego en Ceperano las negociaciones con Roger, sin llegar á un acuerdo definitivo; en cambio tuvo el sentimiento de ver devastada la Campania hasta Ferentino por los normandos. Entretanto, los romanos continuaron organizando su gobierno republicano; eligieron patricio á cierto Jordan, hermano del antipapa Pier Leone, exigieron del Papa que le hiciese entrega de todas las regalías, reservando para sí únicamente el diezmo y las ofrendas, y cometieron no pocos atropellos en las casas de los Cardenales y barones, en la misma Iglesia de San Pedro y hasta profanaron las santas imágenes. El Pontífice pidió auxilio á Conrado III, pero inútilmente, porque este Príncipe tenía bastante que hacer, para poner orden en sus propios asuntos. En Roma se empezó á contar una era nueva, á partir del restablecimiento del Senado en 1144. El partido pontificio rehizo sus fuerzas y trató de recuperar el Capitolio, pero fué rechazado el ataque; por último, el Papa Lucio murió el 15 de Febrero de 1145 de pesadumbre, según todas las apariencias, aunque Godofredo de Viterbo asegura que fué á consecuencia de una herida que le produjo una piedra arrojada por mano aleva.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 59.

Leo, *Gesch. Ital.* I p. 325 sigs. Savigny, *Gesch. des röm. Rechts im Mittelalter* I p. 409; III p. 103 sigs. Bethman-Hollweg, *Ursprung der lombardischen Städtefreiheit*, Bonn 1846. Hegel, *Gesch. der Städteverfassung in Italien*, Leipzig 1847. 2 Bde. Reumont, II p. 427 sigs. *Hist.-pol. Bl.* Bd. 45 p. 388 sigs. Otto Fris. *Chron.* VII. 27. Boso Card. Vit. *Coelest. et Lucii Romuald. Salern.* in *Chron. Goffrid. Viterb. Sigeb. Contin. P. Otto Fris. epp. y otros* en *Watterich*, II p. 279-278. 278-281.

Eugenio III. — Arnoldo de Brescia. — El rey Conrado III.

60. El 17 de Febrero fué elegido Papa el piadoso monje cisterciense Pedro Bernardo de Pisa, discípulo de San Bernardo y abad de San Anastasio de Roma, con el nombre de Eugenio III. La exaltación de un religioso completamente retirado del mundo, en tiempos tan calamitosos, al más elevado y augusto trono de la tierra, excitó la admiración de los contemporáneos, y muchos, como San Bernardo, la miraron como un hecho providencial; no obstante, el santo abad vituperó

á los Cardenales por haber elegido á un individuo que no tenía la dignidad cardenalicia, haciéndoles comprender que, por esa misma circunstancia, estaban más obligados á prestarle eficaz apoyo para vencer las dificultades que rodeaban al Jefe de la Iglesia, como él mismo lo hizo ayudando al antiguo discípulo con hechos y consejos. Como quiera que los romanos tratasen de someter la elección á inusitadas y gravosas condiciones, se verificó aquélla en el convento de Farsa, y el nuevo Papa estableció provisionalmente su residencia en Viterbo y sus cercanías.

El osado Arnoldo de Brescia contribuyó no poco á empeorar la situación de Roma. Obligado á abandonar la Italia á consecuencia de las disposiciones del décimo Concilio ecuménico, pasó á Francia, donde se unió á Abelardo, condenado ya por sus heréticas doctrinas; fijó luego su residencia en Zurich, y ahora volvió á Italia para exaltar más los ánimos en Roma, pronunciando discursos populares sobre su antigua grandeza, sobre la magnificencia de sus Emperadores y de su Senado, y atacando el poder temporal de los Papas. El Senado y el pueblo romanos dirigieron á Conrado III de Alemania un escrito, pidiéndole que se trasladase inmediatamente á Roma y estableciese en la antigua capital del orbe su residencia, como soberano de Italia y Alemania; que se incautase de los bienes de la Santa Sede, y apropiándose todas las posesiones, derechos y regalías que fueron patrimonio del Imperio, volviese á resucitar los tiempos y las glorias de Constantino y Justiniano. Pero Conrado no creyó oportuno apoyar los planes de la democracia romana, á los que hacían violenta oposición, tanto las familias más nobles, á cuyo frente figuraban los Frangipani y los Pier Leoni, como las poblaciones de la comarca romana; ni tampoco acudió en auxilio del oprimido Pontífice, á pesar de las reiteradas súplicas y exhortaciones de San Bernardo; no se presentó siquiera en Italia ni, por consiguiente, recibió la corona imperial; es verdad que alguna vez adoptó el título de Emperador ó permitió que otros se le diesen, pero sin tener verdadero derecho para usarle; en los documentos oficiales tomó, según la costumbre tradicional, el título de « Rey de Roma. »

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 60.

Boso Card. *Vita Eugen.* (*Watterich*, II p. 281 sig.). *Bern. ep.* 237. 238 (ib. p. 287 sig.). *Anon. Casin.* (*Mur.*, V. 65). *Sicard. Crem. Chron.* p. 598. *Otto Fris.* VII. 31. *Pandulph. Pisan. Romuald. Salern.* p. 193. *Eugen. III. epp.* M. t. 180. *Otto Fris.*, *De gest. Frid. I.* 27; II. 20 sig. *Bern. ep.* 189. 185. 196. *Gunthar. Ligurin.* III. 307. *Eug. ap. Baron.* a. 1148 n. 33. *Wibald. ep.* 383. *Raumer, Gesch. d. Hohenst.* VI p. 34 sigs. *Franke, Arnold v. Brescia u. s. Zt.* Zurich 1825. *Contra*

Odorici. *Storie Bresciane* IV. 245-293 véase *Civiltà Cattolica* Ser. I, vol. 4 p. 35. 129 sig. Ser. III, vol. 5 p. 654 sig. vol. 6 p. 43 sigs. El escrito de los romanos á Conrado III en Otto Fris., *De gest. Fridr. I.* 20. Martene, *Coll.* II. 306 sig. Watterich, II p. 285-287. Eugenio III dió á Conrado III una sola vez el título de *Rex Romanorum* (Jaffé, n. 6273. 6305. 6333. 6343. p. 624 sig.); pero aún en ese pasaje se ve que tal título proviene de negligencia del escribiente ó copista: en el n. 6402 se le da el calificativo de *imperator*, lo mismo que en la precitada carta de los romanos y en los diplomas para Stablo (Migne, t. 189 p. 1467. 1471). Pag. a. 1138 n. 3; a. 1149 n. 1. *Mi ob. Kath. Kirche*, p. 150 n. 8 sig.

Eugenio III en Francia.

61. Las exhortaciones de San Bernardo por un lado, la excomunión lanzada contra el patricio Jordan, el apoyo que, al mismo tiempo, recibió el Papa de los nobles del país, de Tivoli y de otras ciudades, y la oposición que hicieron al nuevo orden de cosas los aristócratas de la capital por otro, fueron causa de que, al finar el año 1145, el nuevo Senado celebrase un acuerdo con Eugenio III, en virtud del cual compartió la autoridad soberana con el Pontífice; el patriciado que se acababa de crear fué sustituido por la antigua prefectura; los 56 senadores debían ser elegidos anualmente por el Papa, su corte y el pueblo; por último, se acordó que éste jurase fidelidad y obediencia al Pontífice y pagase una contribución en calidad de donativo. El Papa tuvo un brillante recibimiento en Roma, donde celebró la fiesta de Navidad del año expresado; mas como quiera que los romanos volviesen á insistir en pedir la demolición de las fortificaciones y edificios de Tivoli, se trasladó Eugenio á Trastevere, y, abandonando poco después la ciudad, fijó su residencia en Sutri y Viterbo al año siguiente.

Por este tiempo escribió San Bernardo á los romanos una carta llena de paternales exhortaciones, en la que se leen estas palabras: «¿Qué pensamientos os dominan, que de esa manera injuriais á los Príncipes del mundo, vuestros especiales protectores? ¿Por qué provocais, de un modo tan irracional y desvergonzado, la cólera del Rey de la tierra y Señor del cielo, dirigiendo insensatos ataques contra la Sede Apostólica, dotada de tan singulares privilegios por Dios, lo mismo que por los Monarcas del mundo; y atentais con sacrilega osadía á su honra, siendo así que debierais, por obligación sagrada, defenderla contra todos sus enemigos? Vuestros padres sometieron el orbe entero á esa ciudad, y vosotros os dais prisa á hacer de ella el ludibrio de toda la tierra. Habeis arrojado de la Silla de Pedro y de la ciudad al heredero del Príncipe de los Apóstoles, y vuestras manos han despojado á los Cardenales y Obispos de lo que les pertenece. De esa manera habeis hecho de Roma

un cadáver sin cabeza, un rostro sin ojos, una frente oscurecida por las tinieblas.» Viendo que la anarquía se enseñoreaba de los Estados de la Iglesia, y que nadie reconocía la autoridad del Senado, se trasladó Eugenio III á Francia, al lado de su maestro San Bernardo, con quien trabajó, sin obstáculos y con no poco fruto, en el arreglo de las cuestiones pendientes. Entretanto Arnolfo de Brescia continuó divulgando sus perniciosas doctrinas democráticas, pero aunque se le unieron algunos individuos del bajo clero, sin otro objeto que el poder negar la obediencia á sus superiores jerárquicos, no obtuvo resultados de importancia, y sus adeptos vivieron como entidades aisladas, sin sujetarse á un principio fijo ni perseguir fines determinados. Al mismo tiempo los nobles más pudientes ocupaban las ciudades y castillos, con ánimo, al parecer, de sacudir el yugo de toda autoridad; en suma, la confusión reinaba por todas partes.

Regreso del Papa á Italia.

62. En Marzo de 1147 llegó Eugenio III á Francia, donde se le hizo el recibimiento que correspondía á su alta jerarquía; presidió luego un Sínodo en París, y en Noviembre se trasladó á Tréveris para celebrar otro Sínodo; después examinó las visiones que la abadesa Hildegarda tuvo en el monte de San Ruperto, cerca de Bingen, confirmó la regla de su Orden y escribió á la admirable religiosa una carta que la llenó de consuelo. Entónces recibió el Pontífice una carta de Enrique, hijo de Conrado III, que á la sazón se hallaba en Oriente, en la que le prometía sumisión y respetuoso acatamiento. Además del Arzobispo de Maguncia, ayudaba al joven Rey con su consejo el abad Wibaldo de Stablo, quien, con su autorizada palabra, evitó no pocas veces que el inexperto Príncipe adoptase alguna resolución contraria á los decretos pontificios, contribuyendo así á mantener la concordia entre la Iglesia y el Estado germánico. En Marzo de 1148 presidió Eugenio un gran Sínodo en Reims, en el que se condenaron diferentes errores, se resolvieron varios conflictos y se adoptaron importantes disposiciones para la reforma de la disciplina.

Al año siguiente emprendió el Papa su viaje de regreso á Italia, y, mediante el apoyo que le prestó el rey Roger y varios grandes del país, pudo establecer su residencia en Tusculum, desde donde logró volver á la obediencia á los romanos, de suerte que para la Navidad inmediata se hallaba en pacífica posesión de su palacio lateranense. Mas á principios del 1150, como adquiriesen cada día mayor incremento las pasiones republicanas y las tendencias anarquistas de los romanos, tuvo que

abandonar la ciudad, resistiendo en diferentes puntos de la Campania, donde podían llegarle con prontitud los auxilios de Roger, que obtuvo del Pontífice grandes privilegios en recompensa de sus servicios á la Santa Sede. Por su parte los romanos se dirigieron una vez más á Conrado III de Alemania, á quien hicieron creer que habían conquistado para él muchos castillos pertenecientes á la nobleza, y excitaron su ambición con toda clase de halagüeñas ofertas, no sin procurar arrastrarle á actos de violencia contra Roger y áun contra el Papa. Conrado trató de conservar amistosas relaciones con ambos partidos, y, al propio tiempo que en 1151 entretenía con lisonjeras esperanzas á los romanos, entabló negociaciones con el Pontífice para obtener la corona imperial. Eugenio se le mostró desde luego favorable, exhortando á todos, lo mismo eclesiásticos que seculares, á prestarle apoyo en la expedición que debía emprender en Enero de 1152; pero todos estos planes se desbarataron con la muerte de Conrado, acaecida el 15 de Febrero de 1152.

Los güelfos y gibelinos. — Federico Barbaroja. — Tratado de Constanza.

63. Bajo el reinado de Conrado, primer Monarca alemán de la familia de los Hohenstaufen, y muy particularmente á partir de la batalla dada en Weinsberg, año 1140, se hizo notar de un modo harto patente el antagonismo entre gibelinos (waiblingos) y güelfos (welfos), á la cabeza de los cuales figura Enrique el Orgullosa, duque de Baviera y de Sajonia. El mismo Conrado había sido derrotado por él, y estas discordias intestinas contribuyeron no poco á llevar al Estado por la pendiente de la ruina. El Rey obró con inusitado desinterés, porque, muerto su hijo mayor Enrique en 1150, y no dejando más que otro de menor edad, recomendó á los Príncipes que dieran sus votos á su sobrino Federico de Suabia, que, elegido por unanimidad en Francfort, fué coronado en Aquisgran el 9 de Marzo de 1152.

De este Príncipe, dotado de carácter enérgico y de brillantes cualidades intelectuales, se esperaba la restauración del Imperio germánico en su antiguo esplendor y poderío. Pero desgraciadamente persiguió, con imprudente afán, el propósito de ensanchar sus derechos y prerogativas con perjuicio de la Iglesia; quebrantó las disposiciones del concordato de Worms, y llevó su osadía al extremo de pretender que la excomunión de los que ponían sus manos sacrílegas en los bienes de la Iglesia, se hiciese depender de la sentencia de un tribunal civil. Opúsose á esto Eugenio III, quien acudió al abad Wibaldo en Setiembre de 1152, para que interpusiera su mediación con el Rey, á fin de apartarle de tan descabellado intento. En tanto que vivió este excelente reli-

gioso, ó sea hasta 1158, se abstuvo Federico de atentar abiertamente contra los derechos de la Iglesia, y hasta escribió una carta llena de atención al Papa, quien le contestó en términos sumamente amistosos.

En Roma continuaban los desaciertos del partido revolucionario. En Noviembre de 1152 se redactó una nueva Constitución, que establecía un Emperador por jefe del Estado, dos cónsules y 100 senadores, por más que no llegó á ponerse en vigor. Los republicanos de la ciudad vinieron por fin á las manos con la nobleza rural adicta al partido pontificio, resultando de la lucha una vigorosa reacción que produjo la vuelta de Eugenio III á Roma, en Diciembre de 1152, donde todos los hombres de ideas sensatas le saludaron como bienhechor y salvador, por lo que, muy luego, se vió rodeado de un poder respetable. En Marzo de 1153 celebraron sus plenipotenciarios y los del Rey Enrique el convenio de Constanza, por el que el segundo se comprometió á restablecer la soberanía del Papa en los Estados de la Iglesia, á defender las regalías y prerogativas de la Santa Sede, á recuperar los territorios de que se habían apoderado los griegos en Italia, y á no celebrar ningún tratado de paz con los romanos ni con Roger, sin el consentimiento del Papa; á su vez éste prometió honrar al Rey como el hijo más querido de la Sede apostólica; otorgarle la corona imperial á su presentación en Roma, ayudarle con las armas espirituales para combatir á los enemigos del Imperio y rechazar las pretensiones que la corte bizantina alegaba sobre Italia.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 61 Á 63.

Otto Fris., Chr. VII. 91. 34. Watterich, II p. 282 sig. (Boso Card.) p. 291-295 (S. Bera. ep. 243. M. t. 182 p. 430 c. 2). Papencordt, p. 256 sig. Reumont, II p. 434. Sobre el convenio de Constanza se encuentran los datos más completos en Watterich, II p. 297-320, y la *Conventio Constant.* se halla también en Pertz, Leg. II p. 62 sig. — Mansi, XXI. 737. 741 sigs. Jaffé, Reg. p. 629 sig. Wibald. epp. (M. t. 189). Papencordt, p. 258-262. Reumont, II p. 442. Janssen, p. 184 sigs.

Últimos días de Eugenio III. — Anastasio IV.

64. El pueblo de Roma profesaba cada día más entrañable cariño á Eugenio III, que en los cinco libros de su gran maestro San Bernardo tuvo un guía excelente para el buen desempeño de su elevado cargo de Jefe de la Iglesia, inspirado en la caridad y en la prudencia. Presentábase en dicha obra el ideal y la dignidad incomparable del Papa, en su calidad de Vicario de Jesucristo, de juez y de pacificador de los pueblos; al mismo tiempo que le ponía delante de los ojos la grandeza y la impor-